

El Burladero DOS ELOGIOS

Por Víctor MÁRQUEZ REVIRIEGO

LOS populares tendrían que empezar a preocuparse por los recientes elogios socialistas. Algo están haciendo mal, y todavía no andan en el poder.

Primero fue Narcís Serra, al que le parece muy bien que su tocayo y protegido Eduardo Serra pueda ser ministro de Defensa. Con malicia podría pensarse que acaso sea el primer Serra (Narcís) el antiguo beneficiado del segundo (Eduardo) y no al revés, según ingenuamente apuntamos antes... Pero estas cosas carecen de importancia,



Benegas

pues son gratitudes personales, en todo caso, que honran a dadores y receptores.

Lo peor ha sido el elogio de José María Benegas. Habla nuestro hombre del pacto entre nacionalistas y populares, y admite que será bueno para los vascos (deduzco que, por lo tanto, también lo será para los españoles), y luego llega el elogio sublime. Porque, según él, tal pacto encamina a España hacia un tipo estatal un «poco caótico».

Durante años, durante siglos, hemos oído a los apóstoles del malestar nacional hablar de España como un caos total, de nuestra continuada y permanente decadencia, toda ella como un crónico morir en propia vida. Y ahora sale el señor Benegas y nos anima de verdad de la buena para el futuro. Porque a partir del pacto vamos a ser nada más que un poco caóticos. Así que pasar del mucho al poco es, cierta y contablemente, un sorprendente progreso. Allá por los muy lejanos tiempos de Carlos II, corría una

copla que decía así:

«¿En qué se parece España a sí misma?

En nada.»

No es necesario ser Jorge Luis Borges para saber del horror profundo de los espejos. Pero lo de esta copla es mucho peor. Pues en ella España se mira y no se reconoce, que eso sí que es un problema de identidad. (Hay otro terror en los espejos, que ni siquiera Borges apuntaba. Y es el que, de pronto, aparezca junto a la nuestra la imagen de los que antes se vieron en su luna. En España se les llamaba, en otro tiempo, los viejos demonios familiares. Yo conocí a un prócer que cuando viajaba fuera de casa llevaba siempre su propio espejo, uno en el que no se había mirado nadie más que él. Así no sufría con el temor de las apariciones)...

Pero, en fin, volvamos a Benegas, que no es viejo aunque sea prócer. Repito que no hay elogio mayor al pacto popular y peneuvista. Dice que es bueno para el País Vasco, en tantas cosas alcaído de lo español según se sabe. Y, además, nos deja en un poco caóticos. Lo cual es casi acercarse a la felicidad suprema, tan caóticos como siempre fuimos. Es algo así como condenar al hambriento total, que nunca come, a quedarse sin postre de natillas... Después de comerse la sopa, el pescado y la carne. Felipe González tendría que empezar a preocuparse, también él, por estos peligrosos elogios al enemigo malo; que es, naturalmente, el que le ha quitado el poder. Serra los salva en lo personal y Benegas los sublima en lo histórico.



-Suenas para dirigir esa empresa pública que tú tanto pedías que se privatizase. ¿Qué les vas a decir si te la ofrecen?

Cuaderno de notas ROLDÁN PIDE CONFESIÓN

Por Lorenzo CONTRERAS

EL 1 de mayo, cargado de amenazante retórica sindical, ha sido este año un episodio para la historia universal de la decepción. Y es que a veces cabe la decepción hasta cuando las esperanzas están excluidas. Se ha notado demasiado la falsedad del estilo. Sólo faltaba que Aznar se convirtiera en símbolo del crepúsculo social y González, o el felpismo, en la promesa de un futuro amanecer. De nuevo el mal menor. Lo que se dice de aurora boreal.

Hay que acostumbrarse a la sorpresa, salvo que se aspire al diploma de ingenuo. Por ejemplo, no vale expresarla por el hecho de que Luis Roldán, ex director general de la Guardia Civil, haya decidido «tirar de la manta». No es que tire de ella para llevársela, como temía Antonio García-Trevijano en el caso de ciertos delatores de la época franquista. Roldán ya se llevó lo suyo, en el mejor y en el peor de los sentidos. Pero ahora quiere confesarse, igual que tantos otros. Como algunos etarras. Confesarse en el aspecto terrenal o judicial de la palabra ha podido tener en el pasado un significado de alivio psicológico. La etapa democrática,



en los últimos años, ha demostrado que confesar ante el juez es la puerta de la libertad o por lo menos del «tercer grado». Casi la absolución, o una modalidad de ella, en el tribunal de la penitencia.

Luis Roldán difícilmente aspirará a que su gesto de «tirar de la manta» pueda entenderse como colaboración con la Justicia. Lo suyo —siete horas de confesión con el juez Garzón, que luego se lo pasa al

juez Gómez de Liaño— recuerda bastante un elemental ejercicio de picaresca. Por ahora, la verdad, no ha dicho nada que no se sepa o no se intuya. Incluso cuando promete «vaciar» no hace otra cosa que bordear un concepto escatológico. La única novedad ha sido introducir en escena a un personaje secundario llamado Juan de Dios González, que ofrece el aspecto de ser una primera y sopesada «entrega». La picaresca opera por grados. Roldán tantea al magistrado, lo erotiza y va ganando metros de favor.

¿Por qué ahora? ¿Por qué el ex director general de la Guardia Civil, nuestro hombre en Laos, vendido por el traficante Paesa al siniestro Belloch, ha pedido confesión en este preciso momento? Ahí

está el busilis. Manda la condición humana. Roldán comprueba cómo su caso empeora mientras Felipe González abandona la Moncloa sin problemas, sin brindar soluciones a quienes quedan empantanados, y, por la secreta escala disfracada, se va al inmortal seguro, sin ser notado, estando ya su casa sosegada.

Dicen que al magistrado Mórner, instructor de la causa de los GAL, se le ha puesto cara de inverosímil. Y, mientras tanto, en la Audiencia Nacional, ante tanta promesa de revelaciones, Garzón y Gómez de Liaño están cachondos perdidos.